

—Papá, no te sientes ahí, que corre viento.

—Mira, mamá, es mejor que no subas esa escalera.

—Quizá sea un poco tarde para papá.

—Temo que esto le haga daño a papá.

No dudo yo que estas frases dirigidas a personas a menudo llenas aún de vitalidad y de energía sean dictadas por el amor filial; no obstante, pido que se reflexione un poco sobre la influencia que ejercen en una persona que ha pasado los 50 años esas continuas e impertinentes advertencias que no tienen otro resultado que el de estar recordándole que ya no es joven.

Se dice—y yo lo creo firmemente—que la despreocupación respecto a los años es uno de los principales factores para la longevidad y que viven más las personas que no se sienten a cada paso obligadas a hacer el balance de lo vivido y de lo que les queda aún de existencia en esta tierra. Realmente, debe de ser así.

Los médicos de Inglaterra comprobaron hace algunos años que una joven, que había perdido la razón a los 23 años, continuó siempre creyéndose en la misma edad, esperando todos los días a su novio, para lo cual se acicalaba como una jovencita. Esta persona pasó de los 70 años conservando su aspecto juvenil. Tenía las facciones frescas, los ojos vivos y brillantes, y era difícil creer que eso fuera posible. En este caso la imaginación no actuaba sobre el sistema ner-